

EDITORIAL



Tengo miedo del tiempo, el tiempo es la muerte, su horrible disfraz, reconocía Valentina a su amante en un hotel de Venecia. Y puede ser que el tiempo sea efectivamente el horrible disfraz de la muerte —como lo describe el personaje de Cortazar— como puede ser su noble presencia, cotidiana e imperceptible, arena que en silencio se trasvasija. Hasta que un día, un pequeño incidente, nos obliga a estirar la mirada hacia un hecho, una persona, un algo que se distancia de nosotros por el tiempo, ese —también— volumen difuso que pone un velo a nuestro pasado.

El tiempo, el «implacable» agregaría Milanes, pasó también para nuestra revista. En el verano de 1991, hace seis años, apareció el tercer y último número. Desde entonces los hechos se han sucedido ininterrumpidamente, a veces convocándonos y otras tantas teniéndonos como simples espectadores. Seis largamente cortos años que han sido suficientes, por ejemplo, para que personas como Melillán Painemal, Anselmo Raguileo, Domingo Curaqueo, Lorenzo Lemuñaír e inesperadamente Pedro Neculqueo, tomaran su wampo y emprendieran viaje a la tierra de occidente, o para que en las calles de México, tras un accidente automovilístico, Guillermo Bonfil comenzara el misterioso viaje al lugar donde descansan los indigenistas de espíritu. Y entre estos y otros nobles muertos, los recién llegados: Mawlikan, Kidel, Kalfukura, Kinturay, Alienray, Lemunantu, Liukura, Wirikan, Mewlen, Aynv y los que todavía se gestan, que dicen adiós a la recurrente posibilidad de llamarlos con nombres de apóstoles, arcángeles o generales, cristianos todos.

Años que convocaron a gran cantidad de personas tras el dis-

curso unívoco del Consejo de Todas las Tierras y de su líder Aucán Huilcamán, hoy dedicado a una suerte de transhumancia diplomática que lo mantiene lejos de la «patria», mientras el Consejo se transforma en poco más que un lejano nombre escrito profusamente en páginas de diarios que, como a las personas, el tiempo tiñe de amarillo.

Años, también, de un indigenismo que por primera vez conquistó un espacio en el discurso y en las políticas públicas de Estado. Indigenismo alimentado, en primera instancia, por unos cuantos científicos sociales que por la gracia de esa confusa maraña de emparentamientos en las viejas familias chilenas, pudieron acceder a la «clase política», la de recambio, la que sucedió a la dictadura. Indigenismo que supo introducirse en un momento en que la cercana posibilidad de la democracia creaba un maravilloso estado de ansiedad colectiva, «la alegría ya viene» se decía con sinceridad y se creía ingenuamente. Esa ansiedad se expresó con fuerza en un borrador de ley, que fue sancionado y enriquecido por los propios indígenas, transformándose en una suerte de programa político. El indigenismo chileno abandonaba así su ropaje académico y se convertía en una actividad política, varias décadas después que en otras regiones del continente.

Pero el borrador se transformó en ley, solo después de una cirugía mayor realizada por oscuros y perpicaces «operadores» de estado, que retiraron todo aquello que pudiera interpretarse como peligro para la unidad nacional: conceptos, ideas, compromisos, espíritu. La «mejor ley» que hemos tenido los indígenas, la más avanzada de América Latina como acostumbra a decirse, es una sombra de las intenciones iniciales y comparada con el perfil actual de la sociedad mapuche, completamente desfasada.

Con todo, la ley ha podido probar su validez por lo menos en la defensa de la propiedad de las *tierras* indígenas, aun cuando no en la defensa de sus *recursos*, entendidos como una cosa aparte por la legislación chilena. Y ha sido así, porque el artículo 13 de esta ley se ha convertido en un obstáculo legal para la realización del proyecto de construcción de la segunda represa hidroeléctrica en el curso del Alto Bío-Bío, para desgracia de ENDESA, para desgracia del Gobierno y para desgracia de aquellos oscuros «operadores» que cayeron en su propia trampa. El Gobierno se enfrenta a la penosa tarea de intentar dismantelar la ley para abrir paso al «desarrollo», cuyos costos, por cierto, son otra vez traspasados al pueblo mapuche. Son los signos de este tiempo.

Y lo bueno es que nuestro centrífugo movimiento comienza nuevamente a reunir sus fuerzas: personas, organizaciones e instituciones que hasta hace tres lustros pudieron convivir bajo un mismo alero. Pero a diferencia de entonces, sin militancias en partidos políticos chilenos, o por lo menos con la intención de abandonar causas ajenas para retomar las propias. Movimiento, que hasta ahora, tiende a autocentrarse, a «radicalizarse», entendiéndolo por ello que conjuntamente a su vocación de superar las carencias sociales exigiendo políticas públicas, integra a sus demandas los derechos.

Buena parte de estos temas son abordados en este número de Liwen: énfasis en el derecho a la autodeterminación como un principio de nuestro desarrollo, en el artículo de Víctor Naguil; integridad de los recursos naturales y necesidad de integridad en la legislación sobre ellos, abordado por Víctor Toledo; diagnóstico de la situación de la mujer en una zona específica del territorio mapuche, y organización de las mujeres mapuche, tratados consecutivamente por Sandra Huenchuán y Elisa Avendaño; práctica y dificultades de un organismo indigenista, tratado por Mauricio Huenchulaf, ex-director de Conadi; actitud de los mapuche respecto a las leyes indígenas diseñadas por el Estado, de Pablo Marimán; reflexión sobre la continuidad y cambio en la cultura a través de la alfarería, por José Ancán; revisión y crítica a la teoría antropológica de Louis Faron, por Pedro Mege, y una serie de perspectivas personales sobre el tema de la autodeterminación, comentadas por José Bengoa, Augusto Willemsem, Manuel López y Pedro Marimán.

Para nuestra institución, es motivo de alegría publicar nuevamente nuestra revista. Con muy pocos recursos —dispuestos cariñosamente eso sí por una institución amiga— y con mucho trabajo, tanto de quienes nos aportaron con sus artículos y de quienes colaboraron en su concepción gráfica, ha sido posible que tras largos años, nuevamente nuestros viejos y nuevos lectores puedan conocer el pensamiento mapuche y de quienes no siéndolo abogan por nuestra causa. Esperamos que este nuevo esfuerzo editorial rinda frutos, especialmente traducido en el aporte de la crítica, como en el estímulo creciente a los escritores mapuche. A fin de cuentas, LIWEN es el producto del esfuerzo colectivo de todos quienes solidarizan y son parte de un pueblo que busca su autodeterminación. □

PFMQ